HISTORIETA - JUAN LEÓN MERA

En nuestra fértil tierra se da el pomposo nombre de hacienda a cualquier heredad de dos o tres fanegadas, con su troje cubierta de paja, el corral, la era, un par de yuntas be bueyes y dos borricos trilladores; y allá por agosto y septiembre, cuando, secas ya las matas de maíz, comienza a inclinarse al suelo el maduro fruto, y el trigo amarillea, y silban las espigas sacudidas por el viento de oriente, se van al campo, tanto las familias ricas como las que, poseyendo solamente un pedazo de tierra mal cultivada, hacen la cosecha en un santiamén. Luego vuelven todos a la ciudad, con algún recuerdo, con algún dejo a lo menos en el fondo del corazón de esos días fugitivos pasados junto a la choza del indio, y participando en cierta manera de la inocente sencillez que le caracteriza.

Un amigo mío posee una hacenduela de tan reducida extensión que el canto del gallo del mayordomo se oye en todos los extremos, y a veces hasta fastidia a los vecinos. Pero es de oírse el tono del propietario cuando dice por septiembre: voy a cosechar en mi hacienda: ni el Czar habla de sus Rusias con más orgullo. Se va en efecto: cosecha el maíz en un día, véndelo en otro, y al tercero está el producto íntegro comido y digerido. Esto, es verdad, es muy poco; más háme asegurado que, en cambio, son muchos y muy grandes los gozos que le proporcionaban esos breves de existencia agreste, pasados entre la cabaña y la sementera, en correspondencia inmediata con la gente de labor, visitando rediles, aunque sean ajenos, y lidiando con los perros que, en extremo celoso de la propiedad del amo, le siguen largo trecho levantando el polvo y haciendo más bulla que un liberal de nuestros días.

Bien creo en esos gozos y delicias íntimas que ensanchan el corazón oprimido por la pesada atmósfera de las ciudades, y dan al espíritu ideas nuevas y afectos suaves. Digan cuanto quieran los enemigos del idilio y los que hacen gestos y tienen vascas cuando oyen hablar de alquería, de campos labrados, dehesa, redil y pastores, lo cierto es que todo esto tiene mucho de poético y agradable. Pero ¡que! Si hasta esos hombrazos que las dan de filósofos y buscan en toda la verdad de la verdad y el porqué del porqué, y miran de reojo y con desdeñosa sonrisa a quien no participa de sus ideas, por estrafalarias que sean, pudieran muy bien encontrar en nuestros campos y campesinos, sus costumbres y suerte, motivos para estarse más de una semana gachos y cogitabundos, volviendo y revolviendo en su revuelto magín muchas verdades que se ven y no se alcanzar, y muchos porqués de difícil solución. ¡Oh, filósofos! ¡Cuántas veces el olor de la verdad os lleva a regiones ignotas, sin reparar que el objeto que lo exhala está muy cerca de vuestras narices!...

Mas yo parezco discípulo de cierta escuela literaria moderna, según como voy divagando. Vuelvo pues a mi amigo. Este compinche, valga la verdad, no es moralista ni filósofo, pero a veces le da la tecla por referir cuantos y anécdotas, y no carecen de naturalidad y gracejo sus relatos. No ha muchos días me hizo el siguiente:

El año de 185… fui, como de costumbre, a cosechar en mi hacienda. Un día amaneció la naturaleza de mal humor, ni más ni menos que cierto enamorado que yo sé, cuando pasa alguna larga noche de invierno al pie de la ventana de la ingrata, y sin haber visto a la tal, ni oído siquiera su posecita, se vuelve a casa cabizbajo con los ojos lagrimosos y colorados, boquiabierto y gestudo. La banda oriental de los Andes había desaparecido bajo una inmensa capa de pardas nieblas; los objetos más cercanos aparecían confusos y fantásticos como las imágenes de un sueño; y el cielo, color de tono de torcaza, vertía una constante llovizna que, sacudida por el viento de levante, mojaba la cara de amos y jornaleros. A fe que la poseía campestre perdió en esos momentos para mí una noventa y nueve por ciento de sus hechizos, y di a Judas (ahora me pesa) con la égloga y el idilio; pues nada inspirador era el frío que me inspiraba hasta la médula de los huesos, quebrantando, a guisa de señor feudal, todos los fueros que me daban el poncho de bayeta, el sombrero de fieltro, la capilla de franela, el calzón de cuero de perro y el humo de cigarro que, tibio y suave, cubría la única parte descubierta de mi aterido ser, que era de las cejas a la perilla. Se convirtió al fin en calabobos en un formal aguacero, y hubimos todos de buscar abrigo en la casucha más inmediata, propiedad de un indio acomodado.

Miento que no era casucha; pues no merece tal calificativo la que levantaba sobre tres hileras de adobones, con gruesos pilares, alar de reja y puerta de tabla, se distinguía y señoreaba entre las demás chozas. El dueño, que era un indio sexagenario, pero con pocas arrugas y canas, dentadura cabal y blanquísima, y completa salud, me trató con amabilidad y respeto. Juzgó más acertado recibir la inesperada visita en el corredor, me brindó un asiento de sacos de maíz cubierto con pieles de cabra, tendió a mis pies una estera nueva y quedo satisfecho de su propia urbanidad. Luego conversó un rato conmigo sobre la escasez del año presente, la mala mañana, los proyectos de siembra, los temores de las heladas de carnestolendas y la codicia del diezmero, siete veces peor que las heladas, y se fue a formar corro con mis peones que, al amor de una buena lumbre, comían maíz tostado, sal, ají, y charlaban con singular desenfado.

Yo dormitaba entre tanto cual si estuviese repantigado en una mullida poltrona, y dejaba pasear por mi mente mil pensamientos inconexos, perezosos como mi ánimo y confusos cual el paisaje que me rodeaba, envuelto en niebla y lluvia como una inmensa red de innumerables y finísimos hilos.

El ladrido agudo y penetrante de un perro de orejas paradas y bullicioso como un colegial vino a sacarme de tal sopor; alcé la cabeza y vi un indio anciano, una muchachita y un borrico empapados de pies a cabeza. Los primeros, que en la descarnada y pálida faz y en el traje remendado y corcusido demostraba grande escasez y miseria, se habían acurrucado bajo unos matorrales, por cuyas hojas caían gotas más gordas que las del cielo y el pobre jumento, con una enorme carga de sacos de cebada a cuestas, sufría con su proverbial paciencia toda la furia del aguacero, con el hocico a dos dedos del suelo, las orejas tendidas hacia la cerviz y meditabundo y triste como un jugador perdido.

Apenas los vieron los otros indios invitaron al viajero y la moza a guarecerse bajo el techo hospitalario. Aquel se mezcló entre los hombres y su hija se sentó algo distante y de manera que no pudiese perder de vista al borrico. Mientras pasaban de mano en mano la sal y el pimiento, que son entre nuestros indios como la pipa de la paz descrita por el autor de Atala, comenzaron todos a recordar tristemente no sé qué historia del nuevo huésped, quien de rico y dichoso era que venido a parar en la miseria y abatimiento en que se le veía. Como no falta quien atribuya las desgracias de la raza indígena solamente a los vicios de que está dominada desde que no es libre, quise atender a aquella historia por ver si descubría el verdadero origen de tanto mal, a lo menos en la vida de aquel viejo. Yo he creído siempre que la culpa está de parte de los mismos hombres destinados por la religión, por la ley, por la sociedad toda, a ser apoyo y alivio de los infelices y de parte de la misma sociedad que mira con indiferencia el descarrío y la degeneración de las instituciones más sabias y las costumbres más piadosas.

El indio marró los acontecimientos de su vida ligera y sencillamente, y yo voy a trasladarlos a mi modo, porque no me juzgo competente para conservar en castellano la índole del quichua, tan dulce y expresivo, aunque bárbaro.

Pedro (si gusta al lector daremos este nombre a nuestro héroe) tenía también en otro tiempo casa de tapiales con alar de teja y cruz de ladrillo en la cumbre; se hallaba rodeada de algunas áreas de terreno bien cultivado; el patio estaba cuajado de gallinas, el redil lucía cien gordas ovejas, en la pocilga cuatro marranos, y en varias estacas borricos y bueyes, sin que faltase vaca lechera con su triscador ternero.

Pedro trabajaba en las labores del campo; le ayudaba su mujer, según es costumbre, entre los indios, y las hijas cuidaban de la vaca y demás animales caseros. Los domingos iban a misa, el marido con poncho de hilo de algodón y sombrero con cintas anchas, la mujer con rebozo colorado y el cuello cubierto por una docena de gargantillas, las hijas no menos bien puestas y guapas, y todo rebosando salud y contento. Algunas veces, eso sí, iban cuatro y volvían cinco, si hemos de contar con el numen del vino o más propiamente de la jora, que marido y mujer lo llevaban en la cabeza; pero idos al siguiente días los vapores divinos, todos volvían a sus tareas conocidas y la paz nunca se alteraba.

Esta dicha no debía ser duradera, porque era demasiado grande para un indio. Sobre él pesa una maldición y extraña cosa sería ser maldito gozando de felicidad por toda la vida. Algunas veces la columbra, la palpa, cree poseerla; pero es para hundirse luego en mayor miseria y padecer y llorar sin consuelo.

Una mañana cayó en casa de Pedro un demandero con la efigie de San Antonio en la mano; caballero en mal jaque y enterrado entre los borregos, gallinas, alforjas henchidas de granos y otras muchas cosas habidas de la caridad de los campesinos, como las contribuciones que arrancaba cierto gobierno del patriotismo de los ecuatorianos; pues los demanderos y aquel gobierno han tenido el mismo método de infundir virtudes cristianas y sociales, y el mismo sistema de extracción de limosnas y contribuciones.

El intempestivo visitante presentó la caja de rapé a Pedro y su mujer que tomaron buenas pulgaradas con más que buena inocencia, y en pago le dieron unos cuantos puñados de maíz.

“¡Esta e limosna!”, exclamó el demandero indignado. Y sin más ni más, dejó la cabalgadura, entró al aposento y limosneó (para este caso hay necesidad de crear tal verbo) cuanto hubo a la mano o fue de su agrado. Juego en el patio echó los cinco a una gallina, y puesto de puntillas alcanzó a divisar el redil; fuese a él, echó lazo al padrote, y se lo llevó en nombre de su indiscutible derecho y a vista y paciencia de los atónitos indios. La mujer solía decir después, recordando lo ocurrido, que el diablo en estampa de demandero había ido a su casa a dar comienzo a la serie de infortunios que sobre ella y sus habitantes vino luego.

El mismo día y en nombre del cura fue Pedro notificado con el nombramiento de prioste del santo patrono, y a poco tuvo una boleta del juez parroquial para que fuese a contestar una demanda temeraria promovida por un tinterillo. Al día siguiente, mientras apoyado, o más bien victima de otro leguleyo, contestaba la demanda y se dejaba envolver en las redes del foro aldeano, como la simple mosca en las de la astuta araña habían tocado en la casa el primicero y el diezmero y ambos a cual más mal cristianos, invocaron su derecho y se llevaron cuanto fue necesario para satisfacer por entonces su codicia: las gallinas fueron quitadas, las ovejas diezmadas y arrebatadas en lo más florido, un borrico y un buey pagaron la albaquía, y, por añadidura, las tetas de la vaca quedaron escurridas, como muerto tesoro en un día de revista de comisario.

Al alejarse el diezmero se paró a contemplar las sementeras del contorno, y deteniéndose en las de Pedro exclamó con toda la efusión de la codicia: “¡Caramba! Este indio es ricacho; más, por fortuna, yo soy el diezmero…”

Vino el día de la fiesta, y los ya menoscabados haberes de Pedro tuvieron que hacer frente a la multitud de gastos, superfluos los más. El párroco se llevó una gran tajada, superior, por supuesto, a la que señala el arancel; los coadjutores no se quedaron sin la suya, y el síndico, los sacristanes, músicas, coheteros, las solteronas con su oficio consabido, los alquiladores de espejos y colgaduras, etc…, etc…, dejaron exhausas la bolsa del desdichado viejo. Pero todavía no contamos con otro gasto tremendo: la función de la casa; y para ello entre muertas y venidas habían desaparecido ya las gallinas y ovejas sobrantes de los demanderos, diezmeros y primiceros, y de los presentes dados al tinterillo, y de los derechos del juez, que a presentes dados al tinterillo, y de los derechos del juez, que a veces suele cobrar un borrego por firma y un par de gallinas por un hice saber a don fulano.

La fiesta pasó al fin, mas no la litis, y esta vino al cabo de pocos meses a consumir con los últimos borricos y bueyes; y hasta la vaca lechera con su ternerillo se fue de casa, haciendo derramar muchas lágrimas con su eterna partida a las dos muchachas hijas de Pedro.

Acosado se veía este por tantas desventuras cuando fue nombrado alcalde, otro motivo y ruina, pero que tenía que aceptar so pena de tamaña deshonra. Aquí le fue a Pedro preciso dar su casa y terreno en empeño a un

famoso usurero de la aldea, funesto lobo con piel de oveja que oía misa todos los días, tenía conexiones con el cura, y robaba con una sagacidad tal que siempre estaba libre de la acción de la ley, a la que aparentaba gran veneración.

A más de los dos años triunfo en su pleito nuestro héroe, y salvó sus tierras por ese lado; más para pagar los derechos de la última sentencia hubo de vender la mujer sus últimas gargantillas y el marido el único poncho nuevo que le había quedado. Con todo, se alegró don Pedro juzgando que este triunfo era el fin de sus desgracias y principio de una nueva fortuna; pero la alcaldía con sus danzas y festines continuos no había pasado, el plazo de empeño de las tierras se acercaba, la mujer cayó enferma a fuerza de trabajar y padecer, y la ruina próxima era inevitable. En tanto vino nuevamente el diezmero, no a cobrar en granos, sino a hacer a Pedro un cargo que no esperaba y a exigirle dinero porque según es uso, las cementeras habían sido tasadas, y el diez por ciento debía ser pagado conforme a esa tasación. El usurero estaba listo como el demonio a llevarse el alma condenada, y pagó por Pedro al estar ya en camino para la cárcel, con la condición de que se a la vuelta de un mes no se le volvía esta suma y la anterior, la hipoteca pasaría a ser su propiedad.

¿Qué dinero iba a devolver Pedro, si apenas tenía ya el alma en el cuerpo, y eso no con títulos muy seguros de propiedad? Vino pues el vencimiento del plazo, y el judío del prestamista se apropió de la casa y terruño. El día de esta catástrofe muró la mujer, y, como para rematar las desgracias que con su fatídica presencia había comenzado, asomó el susodicho demandero, y alzando las manos sobre el cadáver murmuró un responso que, por salir de tal boca y en mascarrónico latín, acaso no subió ni al techo pajizo de la pobre estancia, tendió luego la mano para que Pedro pusiera en ella la limosna en remuneración del responso, el indio se excusó con la verdad diciendo que no tenía ni un cuartillo, le dio aquel pillastre un bofetón y se fue. Algunos vecinos caritativos llevaron a la difunta al cementerio; más el cura exigió los derechos de entierro antes que se la sepultara; a falta de dinero y por compasión pidió a Pedro que diese a su hija mayor para criada; se sometió el desdichado a esta nueva prueba, y despidiéndose de mujer e hija volvió para despedirse también de su choza. Pero ¿a dónde iría?... El nuevo dueño de ella le propuso que continuase habitándola, a condición de servirle de peón concierto. Aceptó el viejo propuesta y condición, y se esclavizó para siempre. El día que contaba su historia pesaba sobre él una enorme deuda. Sabido es cómo muchos amos adeudan a sus sirvientes, dándoles a son de adelanto efectos malos, a precios dobles y triples, negándoles el abono del jornal por cualquier simpleza, y cometiendo otras mil injusticias.

Aunque Pedro lo calló, es preciso añadir que tras tantas desgracias se dio a levantar el codo con excesiva frecuencia para adormecer las penas; y con esto se aumentaron las necesidades y ellas le obligaron muchas veces a buscar arbitrios en hacienda ajena, ayudado por la hija que le había quedado para compañera de todas sus miserias.

Terminada la historia del infeliz viejo que infundió compasión a todos los circunstantes, el aguacero iba también tocando a su fin; el cielo mostraba su faz de azul purísimo por entre las rotas nubes, y los rayos del sol se

encajaban por estas roturas para descender a la Tierra y calentarla y regocijarla; los gorriones salían de entre los matorrales, se sacudían y cantaban, y algunas aves de rapiña cruzaban ya los aires en busca de alguna víctima desprevenida. Pedro echó a caminar seguido de su hija y arreando el borrico, mis peones comenzaron nuevamente su faena, y yo, dando como ellos las gracias al dueño de la casa por su generoso hospedaje, los seguí silencioso y meditabundo.

He aquí, me decía, unas cosas bien dignas de atención, y si yo fuera filósofo ya tuviera algunas malas noches pensando en ellas. Ese pobre Pedro fue honrado, laborioso, inteligente para el trabajo, y poseía otras prendas que le habían hechos persona distinguida entre los suyos, y pudieron hacerle útil a la aldea, a la ciudad, a la provincia entera, y hasta a la nación, pues “en la repúblicas nadie se eleva sino para dar la mano a los demás”, como ha dicho un compatriota nuestro, y para contribuir por su parte, se debe añadir, al progreso material y moral de la patria. Pero ¡cuantos enemigos se levantaron contra el indio! ¡Cómo se empeñaron en arruinarle! En nombre de la religión destinada a perfeccionar las bunas pasiones, reprimir las malas y exaltar el espíritu hasta el cielo; en nombre de las leyes establecidas para la seguridad de la vida, honra y hacienda; en nombre del honor que dan ciertas obligaciones sociales, y del trabajo que moraliza y enriquece, le han arrebatado y le dado vicios que no conocía, los mismos hombres en cuyas manos estaba el poder de obrar el bien, o algunos zánganos humanos que predican el mal impunemente y viven de la sangre y lágrimas de los débiles e infelices. ¿Quién ha levantado la voz contra tantos abusos y crímenes? Los congresos han dado varias leyes en pro de la clase india; pero, o han sido inconsultas e inaplicables, y los resultados, por lo mismo, o no han correspondido al intento del legislador, o han escollado tal vez contra la voluntad de los mismos que le dieron; porque no es extraño entre nosotros ver hombres que piensan y obran de un modo fuera de ella. ¡Peregrinos legisladores que abofetean la ley, hechura, cuando quiere colárseles en casa!

En fin, tare vendrá el remedio para estos males: robe y beba el pobre Pedro, y cubierto de harapos arree su fatigado borrico, imagen de la raza india trabajada y fatigada por los vicios y la miseria que le han dado sus dominadores.